

LETRAS DE VIDA SOBRE PAPEL

Pablo Gian-Carlo Lonngi Ayala

Pablo Gian-Carlo Lonngi Ayala es licenciado en Comunicación Social; egresado de la maestría en Ciencias con especialización en Matemática Educativa; y coordinador de comunicación del proyecto Spring México, de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa.

Cuando terminé la preparatoria recuerdo que ya me sentía seguro en mi escuela, hasta cierto punto había vuelto a estar en paz. Durante el primer y segundo año de secundaria, por ser catalogado como uno de los *ñoños* del salón, fui víctima de *bullying*. Por eso la preparatoria representó para mí un descanso que tanto anhelaba, pues casi no quedaron compañeros que me molestaran. Además, como todos crecimos, la dinámica cambió y fue provechoso para mí que nadie me molestara. Incluso experimenté una sensación de pertenencia a un grupo de tres compañeras que ingresaron en el último año de preparatoria y se juntaron conmigo porque no conocían a nadie.

La preparatoria acabó y yo tenía que decidir qué carrera estudiar. Llevaba tiempo pensando qué elegir, si Arquitectura, Ingeniería, Arquitectura del Paisaje o Urbanismo. Para entonces me confirmaron que podía irme a vivir medio año o un año completo a Brasil con la finalidad de aprender portugués. Así que me fui para allá.

Mi temporada en Brasil fue de mucho crecimiento, no sólo porque me topé con el hecho de estar solo en un país donde se hablaba un idioma distinto al mío, sino también porque los brasileños que conocí eran muy amables y me hicieron sentir en familia. Además hice amistad con unos *hispanos*: un boliviano y dos paraguayos que se volvieron como mis hermanos, nos desvelábamos charlando y haciendo muchas otras cosas.

Aprender portugués fue añadir una rayita más a la lista de idiomas que ya había aprendido: italiano, que es mi segunda lengua; un poco de francés, que sólo entiendo si lo leo; después decidí darme oportunidad con el inglés, que no me gustaba hasta que terminé todos los niveles. Era el turno del portugués.

A Brasil llegué muy confiado de que desde el principio entendería todo, me basaba en la idea de que el portugués es muy parecido al español, pero no contaba con que ese idioma no se habla como se escribe, y además es distinta la forma de pronunciarlo en Brasil y en Portugal. En cada región de Brasil varían las maneras de hablar, así que poco a poco fui preguntando el nombre de las

cosas. Por ejemplo, todo lo que compone una vajilla en una mesa puesta –nombres de los cubiertos, platos, vasos, servilletas– para familiarizarme así con la pronunciación de cada objeto y absorber e integrar las palabras a mi vocabulario cotidiano.

En mi familia existe la convicción de que para aprender bien una lengua extranjera es necesario primero conocer bien la lengua materna. En mi caso esto parece haber funcionado: la materia de Español siempre me pareció *regalada*: desde muy pequeño parecía que la estructura de la lengua la tenía internalizada; y se me facilitó desde temprano mejorar mi ortografía, aprender la clasificación de las partes de la oración y las conjugaciones de los verbos.

Algo que sin duda también influyó en mi desarrollo fue que tuve un entorno que propició mi gusto por la lectura. Todas las noches tuve mi ritual del baño caliente y mi cuento en la cama antes de dormir. Contaba con muchos libros; traían un cuento corto e ilustraciones. Mi mamá me arropaba y me leía una historia; le daba intencionalidad a lo que leía, casi actuaba la voz y la expresión. Eso era algo que yo disfrutaba mucho.

En Brasil uno de mis *hermanos hispanos*, el boliviano, había estudiado Comunicación o Periodismo, y trabajaba en una editorial que publica una revista exitosa. Ahí también laboraban otras personas que conocíamos. Con cada número mensual que salía de la revista y por las instalaciones y el equipo con que contaban, crecían mis deseos de trabajar en un entorno similar. Cuando regresé de Brasil ya me había decidido por estudiar Comunicación.

A pesar de que mi estancia en Brasil estaba siendo enriquecedora, empecé a sentirme impaciente y harto de *no estar haciendo nada* en lo académico, pues había estado trabajando en la elaboración de artesanías de madera, y además extrañaba vivir en la ciudad y estar en un lugar al que yo sintiera que pertenecía. Mi elección de estudiar Comunicación fue motivada principalmente por el deseo de escribir y ver publicados mis artículos, reportajes, notas, columnas, consejos e incluso libros.

En Brasil pasaron por mis manos libros y revistas que disfruté mucho leer. También una parte de mi motivación para elegir esa carrera tuvo que ver con la idea de frecuentar entornos que facilitarían que conociera a un productor que me convirtiera en conductor de un programa de televisión o en actor de una película o de comerciales, y que de forma mágica me volviera famoso. Leo lo que estoy escribiendo y me da pena, pero así pensaba. No hay que olvidar que no había conocido a ninguna persona sorda que hubiera estudiado lo mismo que yo. En esa carrera, como en muchas otras, parece que se da por hecho que todos sus estudiantes y egresados han sido, son y serán normoyentes. En los empleos relacionados con el acto de reportar es importante oír y entender lo que se escucha. Consciente de esto quise superar ese reto, demostrar al mundo y a



mí mismo que sí se podía, que yo sí podía estudiar y terminar una licenciatura, y también podía conseguir trabajo en el campo de la comunicación.

Comencé a buscar escuelas donde estudiar. Fui aceptado en la Universidad de la Comunicación; y también en la Universidad La Salle, en la carrera de Arquitectura; y me faltaron dos puntos para entrar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Cuando hice mi examen para la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) me agradó que las preguntas, a diferencia del examen de la UNAM, estuvieran concentradas en el área a la que aspiraba, pocas trataban sobre áreas no relacionadas con las ciencias sociales y humanidades. Cuando supe que había sido admitido no lo dudé, era claro que quería estudiar en la UAM, sabía del reconocimiento que tenía la carrera y que era una universidad donde muchos comunicadores se habían formado.

En la ceremonia para las y los estudiantes de nuevo ingreso nos dijeron que éramos privilegiados por haber ingresado a ese nivel educativo y a esa institución. Yo sentía orgullo de estar en una reconocida universidad pública. A diferencia de los demás planteles de la UAM, la unidad Xochimilco trabaja con un sistema modular: cada trimestre está dedicado a un área de la comunicación (en el caso de mi licenciatura) y todas las clases (teóricas y prácticas) se enfocan en el área comunicativa del trimestre en turno: teoría y taller –por separado– de foto, teoría y taller de cine y así el mismo sistema para prensa, televisión, radio y comunicación gráfica.

Como mi motivación se dirigía a escribir ese sistema no me favoreció mucho, no encontraba sentido en dedicar tiempo en clases teóricas y prácticas sobre actividades que no me interesaban como la radio, la cual me provocó pavor cuando nos dejaron la tarea individual de grabar la transmisión de una estación designada al azar para luego cronometrar y transcribir todo lo que se decía en el programa, incluidos los comerciales. Podía haber levantado la mano en el salón, en medio de la clase, para pedir que se hiciera una adecuación a la actividad a *lo que yo era capaz de hacer*, pero me educaron con la idea de que soy capaz de lograr lo que me proponga. Paradójicamente siempre he sido una persona con miedo a *no dar el ancho*, y con una eterna sensación de *ser diferente*. Todavía me pregunto si en casa fui sobreprotegido como algunas personas me lo han dicho. Por otro lado, me sentía seguro de que con el esfuerzo y la determinación iba a lograr lo que quisiera, y contaba con la pasión para hacerlo.

En la secundaria y preparatoria, cuando no entendía algo le pedía al maestro que me repitiera o me aclarara las dudas. En la universidad opté por pasar desapercibido: no pedía que me repitieran la información ni manifestaba mis dudas.

En ese entonces también estaba muy entusiasmado yendo a mis clases de canto con un maestro muy exigente que me acompañaba con el piano. Yo quería conocer mejor mi voz, reconciliarme con ella porque siempre que hablo frente

a personas desconocidas todas voltean para ver de quién es la voz rara. Además me encanta la música, pues desde chico fui estimulado con ella, con voz, canciones, mis clases de piano, guitarra y batería. Mi mamá y mis hermanas tienen una bonita voz para cantar, y en las reuniones familiares siempre mis tíos y abuelos se ponían a cantar al compás de la guitarra. Así que me sentía estupendamente bien con mis clases de canto; estaba adquiriendo consciencia de mi respiración, me ayudaba que estaba yendo a correr todas las semanas, y era satisfactorio saber que estaba mejorando y adquiriendo seguridad en mi voz para ya no bajar el volumen al hablar.

Fue terrible cuando en la universidad hicimos en equipo un guión para noticiero de radio y lo grabamos. A la evaluación acudieron algunos maestros que no trabajaban con nuestro grupo. Uno de ellos dijo que en nuestro noticiero había una voz –refiriéndose a la mía– que era incomprensible y que no era radiofónica. Claro, no dijo ninguna mentira. Tampoco ayudó el hecho de que la parte que yo leí fueran notas breves de cultura, unas cuantas líneas en las que hablaba sobre una exposición de la obra de Frank Lloyd Wright. “¿Cómo se pronuncia eso y quién entiende cuando lo escucha?!”; ese comentario insensible del maestro me cayó como agua fría, estaba diciendo que era mejor no usar mi voz en programas de radio. Recuerdo que me enojé: “¿Con qué autoridad viene este desconocido a decirme que (pese a todo mi progreso en el manejo de mi voz) sigo siendo no radiofónico e incomprensible?”.

Hubo trimestres que los viví a medias, no hacía todas mis tareas y no iba a todas mis clases, no me hallaba, y mi cabeza estaba en otra parte, siempre con una sensación de *no pertenecer*. Era un proceso que, además de complicado, me resultaba amenazador. Por otra parte, ya tenía 19 años y me había dado cuenta de que me gustaban los hombres, pero me resistía a la idea de renunciar a la heterosexualidad, que es para lo que la familia y la sociedad nos educan desde niños. Me dolía despedirme de la opción de casarme y tener hijos, me dolía entristecer y decepcionar a mis papás y a nuestros conocidos. Y después de años de haber sido molestado en la escuela por ser gay, me dolía que a pesar de haberme esforzado para demostrar lo contrario acabara cediendo, como diciendo *tenían razón*. ¿Por qué debían saberlo antes de que yo lo supiera y asimilara?

Sentía que ya había batallado bastante: ¿no era suficiente ser sordo y necesitar lentes para ver bien? ¿No habíamos contado muchas veces ya nuestra historia familiar de cómo mis papás se toparon ante algo desconocido cuando se enteraron de que yo no oía bien? ¿No era ya demasiado personificar una vez más el terrible temor que muchos papás encuentran en la expresión “nunca había conocido a nadie así”? Además, parece que las personas heterosexuales y las representantes de instituciones religiosas se creen con el derecho a ridicu-



lizar y hacer comentarios despectivos enfatizando la condición de deficiencia, anormalidad y desviación.

Debido a que mi familia es muy religiosa yo me preguntaba: “¿En qué parte del esquema del orden divino universal tiene cabida un camino no trazado e incierto para mí? ¿Existe algo más que casarse o consagrarse a la vida religiosa?”. Hubo quien me dijo que “Dios me había puesto una prueba y yo tenía que vivir en abstinencia”, porque según la lógica cristiana el uso de las partes sexuales sólo debe limitarse a la procreación dentro del matrimonio. Lo siento, pero no es mi elección.

No tenía un modelo a seguir, pues no abundan las parejas gay estables; sólo había conocido un mundo de relaciones efímeras, sin compromiso, que si llegaban a durar unos pocos meses ya significaban *una eternidad*. Tenía que abrirme paso en un camino que no estaba trazado y en el que nada estaba escrito ni decidido. Tenía que definir mis exigencias y valores, cuáles serían mis criterios para elegir pareja y cómo quería llevar mi relación: si quería una pareja exclusiva o abierta, si debíamos tener en común la cultura y educación. Era complicado. Sentía una pesada carga por querer definirme como gay, y a la vez eso me asustaba.

La convivencia con mi familia me resultaba incómoda porque notaban que ya no era el mismo. Siempre he querido a mi familia, pero me sentía harto y nada dispuesto a vivir con ellos el proceso de conocimiento y aceptación de mi orientación sexual, cuando ni siquiera yo la aceptaba. Impulsado por unas ganas de ser independiente, y apoyado por un hombre 18 años mayor que yo, con quien viví y tuve una relación de cuatro años, me salí de la casa de mis padres cuando tenía 21 años. Lógicamente se prendieron focos rojos en mi familia, pero yo ya no quería estar ahí para ver eso y necesitaba mi espacio. Fue una posición en extremo hermética con la que castigaba a mis papás, pues hubo semanas en las que me desaparecí y no contestaba el celular cuando me marcaban.

Esa pareja era noble y cultivada, cocinaba rico y sobre todo me respetaba y me hacía sentir escuchado; sin embargo, tiempo después dejó de platicar como lo hacía y yo empecé a sentir que me faltaba retroalimentación y compañía de mi edad. Había una situación que me tenía pasmado: nunca nadie me había metido tanto en la cabeza la conciencia de mi sordera y la angustiante preocupación de si lograría encontrar un empleo en comunicación en el cual *sí me pudiera desempeñar*. Estaba tan inseguro por *no dar el ancho* que no me fijé que pasé de la dependencia económica de mis papás a una dependencia económica de él. Me pregunté: “¿No me estará sobreprotegiendo, en lugar de ayudarme?”.

Retomé mis visitas a mis papás los fines de semana, pero había un muro que nos separaba. El hermetismo era enorme: yo no me sentía libre para expresarme y a la vez quería hacerlo, contarles lo que vivía con mi pareja, pero surgía un silencio incómodo porque era algo que no querían escuchar y eso me

desalentaba. Eso no cambió mucho hasta el final de los cuatro años que estuve con él, que se dio un mes después de mi examen de titulación. Tenía 26 años.

Al final ya me sentía atrapado y ya no quería seguir viviendo con él, pero tampoco quería regresar con mis papás. Ellos fueron ingeniosos: hicieron un viaje de varios meses y me pidieron que me mudara a la casa para cuidarla. Tenía que conseguir un trabajo para cuando ellos regresaran y así poder irme de nuevo; sin embargo, el trabajo no lo encontré, ellos regresaron y tuvimos que poner de nuestra parte para sanar heridas y volver a disfrutarnos como familia, como padres e hijo. Mientras mis papás estuvieron fuera, tuve una pareja de mi edad con quien me divertí muchísimo y duramos tres meses. Dos días antes del regreso de mis papás conocí a mi actual pareja, tres años menor que yo, y con quien llevo ahora cuatro años de relación formal, con la aceptación y aprecio de nuestros respectivos padres. El proceso para que mis papás lo aceptaran fue lento y no faltaron las dificultades.

Si consideramos que había empezado la carrera a mis 19 años, se nota que me tardé mucho en terminarla. Creo que me sentía tranquilo con el hecho de que podía repetir trimestres porque eran muy cortos, lo malo era cuando en el siguiente trimestre no se abría el módulo que yo tenía que repetir. Mientras pasaba ese trimestre yo tenía *vacaciones* de mis clases, pero las pasaba trabajando como capturista para la actualización de la base de datos de una revista de ciencias. Hacia el final de la carrera, trabajé como sintetizador de diarios en el turno de la noche, de las 3:00 a las 10:00 de la mañana.

Me tomó tiempo terminar la tesis. Aparte de todo el proceso que estaba viviendo, tenía un tema muy amplio y me costaba trabajo definirlo para avanzar en la investigación. Cada vez que veía a mi asesor parecía que nunca quedaba claro dónde debía continuar y pensaba que no nos entendíamos. Terminé la tesis, fue muy satisfactorio presentar el examen profesional y que mi asesor me felicitara por haber recopilado un material tan extenso e importante, el cual podría usar para mi tesis de posgrado.

Me fui atrasando con respecto a mi generación y también con las generaciones que seguían. Sí hablaba con mis compañeros, pero poco, y además sólo hablaba con una persona a la vez y casi nunca en grupo. Una vez fui a una fiesta de mi grupo y había personas que no conocía. Me puse a platicar con una joven; como yo usaba cabello largo, me lo acomodé detrás de una oreja, y ella me preguntó sorprendida y maravillada: "¿Eres sordomudo?!". La miré como diciendo "¿escuchaste lo que acabas de decir?", y le dije "sordo sí, mudo no". Seguimos platicando de la sociedad, la discriminación, los grupos marginados y otros asuntos por el estilo.

Luego de varias búsquedas de trabajo que no terminaban en contratación, tuve la suerte de conocer al director de una editorial de revistas, a cuyo herma-



no yo había entrevistado años atrás por tratarse del caso exitoso de un joven sordo y emprendedor que era dueño de una revista que trataba sobre discapacidad y educación. Para apoyarme, el director me contrató medio tiempo como reportero. Ahí duré un año hasta que hubo recorte de personal. Aprendí mucho por las numerosas conferencias de prensa a las que iba y se me quedó muy grabado lo importante que es verificar y confirmar la información, poner mucha atención y hacer uso de la memoria para después escribir en la computadora las ideas principales. También tuve que perder la timidez para abrirme paso entre los demás reporteros con el objetivo de grabar cerca de la persona que hablaba o de la bocina que amplificaba su voz si usaba micrófono.

Afortunadamente la tecnología proporciona algunas facilidades para quienes usamos aparatos auditivos y me parece que la mayoría de las personas sordas desconocen o no han explorado estas facilidades. Los aparatos pueden tener una función que permite que al hablar por teléfono se escuche sólo lo que sale de la bocina de ese teléfono, evitando que se mezcle con el ruido ambiental. Hay que perder el miedo que surge al no entender, hay que olvidarse de ver la cara de quien habla con el fin de leerle los labios, y en cambio tener la confianza de pedir que nos repitan las cosas cuando sea necesario.

Elegir un modelo de teléfono celular es un verdadero problema, se tiene que probar con cuál teléfono sí se escucha bien sin que se haga interferencia del celular con el aparato auditivo. Tienen mucho que ver el modelo del aparato y el del celular. Hay teléfonos con los que definitivamente no puedo escuchar la voz de quien me habla.

Además de que la conversación telefónica pareciera estar restringida a las personas oyentes, sucede lo mismo con la música transmitida a través de los audífonos. Es lógico, pues la mayoría de los audífonos son pequeños y deben llevarse adentro del canal auditivo; pero es difícil usarlos si se cuenta con aparatos, simplemente no caben y no hay manera de ponérselos. La opción es detenerlos en la parte de arriba de la oreja donde suele estar el micrófono del aparato, pero resulta incómodo y cansado.

Los audífonos que me han resultado maravillosos no son muy grandes. Son unos círculos que no cubren toda la oreja y por ello no causan la sudoración que pone en peligro el buen funcionamiento de los aparatos auditivos; además llevan un clip que se sujeta en la parte de atrás de ambas orejas y se pueden acomodar de modo que estén cerca del micrófono de los aparatos.

Lo que me llevó a entrar en contacto con la música portátil en reproductores de formato mp3 fue la necesidad de escuchar mis entrevistas para poder transcribirlas; aun cuando seguí necesitando ayuda de algún oyente, no dejé de hacer mi esfuerzo. Durante un tiempo utilicé una USB que era a la vez grabadora de voz y reproductor de música, y eso me tenía encantado. Desde entonces he

podido alimentar mi inquietud de conocer todo tipo de música, aunque la música en italiano sigue siendo mi favorita desde los 12 años.

Después de tres meses de estar desempleado por el recorte en la editorial, tuve la fortuna de conseguir trabajo en una oficina del Gobierno del Distrito Federal, gracias a las redes de colaboración que se han creado por personas que forman parte de distintas instituciones académicas y asociaciones civiles como a la que pertenecen mis papás. En ese trabajo apoyé a unos investigadores en la preparación de un grupo de jóvenes sordos para que pudieran ingresar al bachillerato, luego de que un diagnóstico arrojó que se encontraban en el nivel de tercero de primaria. Durante un año trabajé con este grupo de estudiantes tres veces por semana hasta que la colaboración terminó.

Esos investigadores me invitaron a hacer la maestría, lo cual me pareció una oportunidad que no debía desaprovechar aunque no hubiera estado en mis planes. Ahora estoy ocupado con mi tesis y varios artículos que necesitó publicar en revistas científicas como requisito para obtener el grado. Ya concluí dos artículos, el primero fue aprobado y espero la resolución del comité dictaminador del segundo.

Recientemente, platicando con una compañera de la maestría, le comenté cómo me sentía respecto a escribir mis experiencias de los últimos años. Estaba tan nervioso que, incluso con todas mis ocupaciones y pendientes, tuve un bloqueo para escribir después de la primera media cuartilla. Lo que redacté me movió muchas sensaciones, me hizo revivir varios recuerdos y ser consciente de cómo percibo en la actualidad todo lo que viví. Haber escrito esto resultó terapéutico y liberador. Ese día que hablé con mi compañera ella me dijo “yo veo que eres una persona muy exitosa”.